

nes del sacrificio, todas las palabras. Pues qué ¿le corresponde entonar en ese desgraciado estado esos cánticos angélicos: *Gloria in excelsis Deo*.... *Sanctus, sanctus, sanctus*? Cómo puede decir con verdad volviéndose á los fieles: *Dominus vobiscum*.... *Pax Domini*? Cómo atreverse á pronunciar: *Ego autem in innocentia mea ingressus sum*? ¡Entrar en comunicación con lo que el Cielo tiene de más santo! *Communicantes*.... y, sobre todo, atreverse á pronunciar las palabras sacrosantas de la consagración.... ¡Abismo de iniquidad! Cómo puede besar el altar sin oír al momento en lo íntimo de su alma una voz lastimera que le dice como al primer Judas: *Osculo Filium hominis tradis*? Y se atreverá á extender su sacrilega mano para tocar la adorable Hostia, sin acordarse de aquella sentidísima queja: *Ecce manus tradentis me mecum est in mensa*?

Hemos supuesto una Misa sacrilega.... una sola.... pero, ¡qué sería si llegase á ser un hábito! Todo el tesoro de la venganza divina no tendría bastantes castigos para dejarla satisfecha. Apartad, Señor, de vuestra Iglesia semejante calamidad; imprimid en todos vuestros sacerdotes esa fe viva, ese temor religioso que deben sentir al entrar en el lugar santo: *Pavete ad sanctuarium meum. Ego Dominus* (1). Y en cuanto á mí, Señor, haced que mis ojos se cubran de tinieblas, que mi lengua se seque y la vida se retire de mí.... heridme con todo el rigor de vuestra misericordiosa justicia, antes que dejarme caer en el fondo de ese horrible abismo.... ¡Perdón, Señor, piedad, misericordia!....

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Cuántos y cuáles crímenes se cometen en una Misa sacrilega.* San Alfonso responde de este modo á la primera parte de la cuestión: *Indigne conficit, indigne sumit, indigne ministrat, ministrat indigno.* Al tratar de la enormidad de esos crímenes, hé aquí lo que los Santos Padres dicen

(1) Lev., XXVI, 2.

en términos que hacen estremecer: *Qui indigne abutuntur communionem mysterii, quantum in ipsis est, interimunt quem adorant. Gravius peccant offerentes indigne Christum regnantem in caelis, quam qui eum crucifixerunt ambulantes in terris. Nemo deterius peccat quam sacerdos qui indigne celebrat.*

PUNTO SEGUNDO.—*Circunstancias que acompañan al crimen de la Misa sacrilega.* ¿Quién es el que lo comete? Un hombre al cual el Salvador le había confiado la guarda de su cuerpo.... ¿Cuál es el objeto de este atentado? La misma persona de Jesucristo: de modo que no se trata solamente de su nombre ó de su imagen. ¿En qué lugar, en qué tiempo, en qué ocasión lo comete? ¡Ah! en verdad que aquí es el lugar de decir: *Unus ex vobis diabolus est!* Hé ahí que el sacrificador criminal sale de la sacristía.... ¿A dónde se dirige? Seguidle: mirad lo que va á hacer, escuchad lo que va á decir, no olvidéis lo que él es. ¡Ah Dios mío, alejad de vuestra Iglesia estos crímenes tan espantosos!

MEDITACIÓN XXXVI

La Misa sacrilega

- I. Severidad con que Dios castiga este pecado.
- II Precauciones que se han de tomar para no cometerlo.

PUNTO I

Ningún delito de ordinario es castigado más severamente en vida, en la muerte y en la eternidad

Sigue Dios en esto la lección que El mismo dió á los jueces de su pueblo, y que es conforme con la más escrupulosa justicia: *Pro mensura peccati irit et plagarum modus* (1). Ahora bien, en la anterior meditación hemos considerado la enormidad de un crimen que encierra la impiedad más negra, y que no puede siquiera aducir como excusa el ímpetu de la pasión, puesto que se comete á sangre fría.

(1) Deut., XXV, 2.

Ningún pecado habría de desgarrar tanto el alma del que lo comete como éste: y sin embargo, los grandes remordimientos son muy raros, ó por lo menos de poca duración en esta clase de pecadores; porque los remordimientos son siempre una gracia preciosa, mientras no lleguen á ahogar la esperanza. Pues bien; sucede casi siempre que si se experimenta turbación al subir al altar para profanarlo, para colmo de desdicha se desciende de él más tranquilo. Porque si el participar con piedad y devoción de los santos misterios, ilumina el entendimiento: *Accedite ad eum et illuminamini.... Cognoverunt eum in fractione panis* (1): por el contrario, la Comunión indigna y, sobre todo, la indigna celebración del sacrificio divino sumerge en una ceguera profunda. Por donde el sacerdote que osa profanar la divina Eucaristía, se va precipitando de tinieblas en tinieblas, muy pronto ya no verá nada, y, lo que es más terrible aún, se hará insensible á todo. La Mesa eucarística es para él como un lazo, en el cual va enredándose cada día más; y por último, llega á ser un castigo y una piedra de escándalo: *Fiat mensa eorum coram ipsis in laqueum, et in retributiones, et in escandalum* (2). Satanás que ha invadido á este nuevo Judas, consolida y robustece día á día su imperio; ya es suyo y busca todos los medios para ocultarle lo horroroso de su estado: *Postquam indignus mystica præsumpsit, invadit eum diabolus* (3).

¡Dios mío, qué vida! ¡qué cadena de sacrilegios!.... ¡qué muerte entre tan horrendos recuerdos! ¡qué cuenta en el tribunal de Dios, qué juicio!.... Mas ¡ay, que este infeliz sacerdote ya está juzgado! Ha dicho tantas veces y ¡en qué momento! «*Sanguis quem potavi, adhæreat visceribus meis.*» Sus palabras serán escuchadas, pero en el sentido más terrible. Sí, la sangre de Cristo se ha adherido á sus en-

(1) Luc., XXIV, 35.

(2) Ps., LXVIII, 23.

(3) Paschas. *De Corp. et Sang. Dom.* c. 8.

trañas, se ha mezclado con su sangre, ha penetrado hasta en la médula de sus huesos, de manera que todo su sér ha quedado empapado en ella; mas no para purificar su alma y hacerla inmaculada, *ut non remaneat in me scelerum macula*, sino más bien para afearla todavía más, y para poner de relieve de un modo más horrible sus obscenidades, ofreciendo á su vista el monstruoso contraste de su impureza unida en alguna manera y estrechada en su corazón con la pureza misma. Ha recibido dentro de sí á su tremendo juez, no para otra cosa sino para ser juzgado con más rigor, y ha comido y bebido su propia sentencia y su condenación para ser condenado de una manera más inexorable, *judicium sibi manducat et bibit*.

Pero además ¡qué muerte y qué eternidad después de esta vida! Si en el infierno se ha de castigar todo pecado mortal ¿qué decir de los suplicios reservados al que habrá hollado al Hijo de Dios y tratado su sangre como cosa inmunda? *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit* (1). Ved cómo esa sangre divina se trueca para el que la profana en un océano de llamas, de cuyos vórtices sale este grito de desesperación: *Peccavi, tradens sanguinem justum* (2). ¡Oh Dios mío, no permitáis jamás, os lo suplico, que la santa Misa, el más poderoso de todos los medios de salvación que nos habéis deparado, se trueque para mí ó para uno solo de mis hermanos en el sacerdocio, en juicio y condenación: *Non mihi preveniat in iudicium et condemnationem*.

PUNTO II

Cautelas que han de usarse para evitar tan enorme pecado

Es cierto que no hay que temer tal exceso en un sacerdote que, merced á su fidelidad en las prácticas

(1) Hebr., X, 29.

(2) Matth., XXVII, 4.

piadosas, se mantiene firme en el espíritu de fe, y especialmente en una gran delicadeza de conciencia respecto á la caridad, al desinterés y á la castidad. Porque los vicios opuestos á estas tres virtudes son llamadas por San Bernardo el carro de Faraón, esto es, del demonio, que ordinariamente suele servirse de ellos para llevar á las almas y á los que debieran ser sus guías por los caminos de la ilusión, donde se pierden miserablemente.

El sacerdote pues, que quiere conservarse en estado de poder celebrar dignamente cada día, debe procurar alejar de su corazón toda aversión, todo resentimiento, todo encono. Yendo á cumplir el gran misterio de la caridad de Jesucristo, debe olvidar las injurias que pudiera haber recibido, y recordar tan sólo la paciencia, la dulzura, la inagotable bondad del Salvador que oró hasta por sus verdugos. Cuando tiene que aproximarse al altar, Dios le manda ante todo que examine sus disposiciones á este respecto: *Si offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliare fratri tuo* (1). ¿No deberá acaso estimarse dichoso de poder asegurar su perdón perdonando de antemano á los demás? *Dimitte et dimittemini* (2).

Mas no se tiene por satisfecho con esto, sino que está alerta, para que en ninguna de las funciones de su ministerio, el motivo de un vil interés venga á sobreponerse á los nobles motivos de la fe. ¡Qué horror no sentiría en vender á precio de oro la sangre del Hijo de Dios! Es cierto que, si los ejemplos y la experiencia no nos lo demostrasen muy á las claras, siempre rehuiríamos de creer en los excesos á que llega el sórdido interés, cuando ha logrado penetrar en el santuario.

Pero el peligro más próximo y el más terrible que lleva á un sacerdote de abismo en abismo hasta

(1) Matth., V, 23 y 24.

(2) Luc., VI, 37.

el horrendo bátraco de la Misa sacrilega, es sin duda la falta de vigilancia y de severidad en lo que atañe á la pureza de costumbres. ¡Oh Dios mío! ¡qué fácil es manchar la castidad sacerdotal! ¡A dónde no se llega cuando uno ha tenido la temeridad de poner el pie en una pendiente tan rebaladiza! Muy pronto se vadea el intervalo que separa al ángel del bruto; y el hombre que por su carácter, títulos y funciones estaba colocado en la dignidad más sublime, pierde la razón y se entrega á los más groseros excesos: *Et homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (1), y lo peor es que uno se cura difícilmente de esta clase de enfermedades porque siendo la confesión de esa culpa tan humillante para un sacerdote, es muy difícil que se atreva á decirla clara y sinceramente. El arrepentimiento que debe ser tan amargo, el propósito de evitar todas las ocasiones que es necesario sea tan firme y decidido ¿no serán á menudo insuficientes? ¡Qué raro y difícil es desprenderse enteramente de este pecado cuando se ha tenido la desventura de caer en él! *Peccatum maximæ adhérentiæ* (2), exclama Santo Tomás. ¡Ay! ¡cuántas veces los labios pronuncian fórmulas de detestación y de enmienda eterna, mas el corazón..... ¡oh Dios mío, el corazón sigue adherido á esta fetidísima lepra! Séame pues, permitido añadir aquí tres avisos de suma importancia:

1.º Ante todo nunca hagáis el sordo, rehusando escuchar los reproches de vuestra conciencia: si tuvieseis fundados motivos de creer que habéis perdido la amistad de Dios por un pecado grave, sea cual fuere su naturaleza, confesadlo al momento con verdadero dolor. Por caridad no reparéis en confesaros culpable, porque ya dejáis de serlo en cuanto os humilláis delante de Dios en el sacramento de la penitencia que Él os ha impuesto. Así, después de

(1) Ps. XLVIII. 13.

(2) Santo Tomás

purificaros en la Sangre del Cordero, habréis recobrado el derecho de alimentaros con la Sagrada Eucaristía y de entrar en la celestial Ciudad: *Beati qui lavant stolas suas in sanguine Agni, ut sit potestas eorum in ligno vitæ; et per portas intrent in civitatem* (1).

2.º No os forjéis ilusiones sobre la *necesidad* de subir al altar, ó sobre la *imposibilidad* de recurrir al sacramento de la penitencia. Esta necesidad y esta imposibilidad ¿son siempre tan verdaderas como se supone? Si así sucediere, nadie ignora que en estado tan deplorable la infinita misericordia de Dios ofrece al infeliz sacerdote un recurso supremo, y es orar, gemir, excitarse á una contrición perfecta.

3.º Finalmente, si por desgracia alguien se ha precipitado, ¡Dios no lo quiera! en un abismo tan profundo cual es el sacrilegio, ni entonces tampoco conviene decaiga de ánimo desesperando de la infinita bondad de este divino Redentor que coloca su mayor gloria en perdonar los más grandes crímenes. Recordemos que Judas puso el colmo á los suyos, entregándose á la desesperación; David, al contrario, logró el perdón apropiándose estos hermosos sentimientos: *Propter nomen tuum, Domine, propitiaberis peccato meo: multum est enim* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Ningún crimen es castigado, por regla ordinaria, con mayor severidad que el sacrilegio, tanto en esta vida como en la muerte y en la eternidad.* Este atentado llega hasta destruir y borrar los remordimientos, que son siempre una gracia preciosísima para los pecadores. Precipita el alma en un abatimiento y degradación profunda. Satanás que ha tomado posesión de ese nuevo Judas se esfuerza para consolidar y robustecer en él su imperio. ¡Qué vida, qué muerte y qué juicio en el tribunal de Dios!.... *Judicium sibi manducat et bibit.*

PUNTO SEGUNDO.—*Precauciones que se deben tomar para*

(1) Apoc., XXII, 14.

(2) Ps. XXIV, 11.

evitar un mal tan grande. Suma delicadeza de conciencia con respecto á la castidad, al desinterés y á la caridad. No olvidemos estos tres avisos de capital importancia; no ir en busca de distracciones, queriendo así ahogar los clamores de la conciencia. Deja uno de ser culpable desde el momento en que se humilla delante de Dios. No formarse ilusiones acerca de la *necesidad* de subir al altar, ó de la *imposibilidad* de recurrir al sacramento de la penitencia. Por último, aun cuando hubiese uno caído hasta el fondo del abismo, tampoco entonces deberá perder la confianza en la infinita bondad del Señor.

MEDITACIÓN XXXVII

La caída de San Pedro. Sus causas

- I. La presunción.
- II. La negligencia.
- III. La imprudencia.

Hé aquí tres escollos espantosos contra los cuales va estrellarse muy á menudo la virtud de los sacerdotes, hasta de los más fervorosos.

PUNTO I

La presunción, primera causa de la caída de San Pedro

Sin el auxilio divino el hombre más fuerte no es otra cosa que debilidad: por esto no agradan á Dios más que los corazones humildes, y el de Pedro antes de su caída no lo era bastante, pues no sabía desconfiar de sí mismo. En efecto, el divino Maestro le asegura que podrá seguirle luego más tarde, pero que ahora no puede: *Non potes me modo sequi, sequeris autem postea* (1) y ¿por qué, replica él, no podré ahora mismo? Estoy dispuesto á entregar mi vida por Vos, Señor (2).

El Salvador predice á sus Apóstoles que dentro de

(1) Joan., XIII, 36.

(2) Joan., XIII, 37.

poco será objeto de escándalo para todos ellos (1). Seréislo para todos los demás, repuso Pedro, mas no lo seréis para mí (2).

Para confundir esa ciega confianza que tenía de sí mismo, Jesús le predice su caída en los términos más precisos: *Amen dico tibi, quia tu hodie in nocte hac, priusquam gallus vocem bis dederit, ter me es negaturus* (3); con todo eso, el desventurado Apóstol osa insistir aún con más energía: *et ille amplius loquebatur, no reparando por nada en desmentir al mismo Dios: Et si oportuerit me simul commori tibi, non te nego* (4). ¡Funesta presunción! ¡cuántas lágrimas no has hecho derramar á la Iglesia! ¡qué de columnas que parecían inquebrantables no has arruinado! ¡Oh, es menester que uno se conozca muy poco á sí para fiarse de sí mismo, de su valor y del horror que cree profesar al mal!

La presunción nos engaña procurando ocultarnos *nuestra debilidad, la fuerza del enemigo, la magnitud del peligro* que nos amenaza: *nuestra debilidad: Quare non possum?* nos vamos preguntando. ¿Por qué no podré llegarme allá?... ¿ver aquello..... no permitirme estotro..... ¡Oh! estoy seguro de mí mismo, me siento capaz para resistir. *La fuerza del enemigo:* el objeto tentador es á veces tanto más potente cuanto más débil se presenta: su misma debilidad es la que lo hace más fuerte. *La magnitud del peligro:* ¿quién habría predicho al príncipe de los Apóstoles que se vería expuesto al peligro de apostatar en una tentación al parecer tan despreciable? Quién jamás habría predicho á tantos esforzados campeones de Israel, á esos ministros escogidos entre mil para ser el sostén y los guías de las almas, que esforzándose por librar del naufragio á sus hermanos, habrían de naufragar ellos mismos, legando al mundo el

- (1) Marc., XIV, 27.
- (2) Matth., XXVI, 33.
- (3) Marc., XIV, 30.
- (4) Marc. XIV, 31.

funesto ejemplo de las más vergonzosas debilidades? ¿Por qué no se amonestaron ellos á sí mismos lo que monestaban á los demás, á saber: que la ocasión es peligrosa, que debe desconfiar uno de sí mismo siempre, y que fácilmente se cae en ella por la presunción?

PUNTO II

La negligencia, segunda causa de la caída de San Pedro

El que se cree fuerte no busca punto de apoyo para su flaqueza. En efecto, apenas nuestro divino Redentor hubo llegado al huerto de Gethsemani, dijo á sus discípulos: «Quedaos aquí mientras voy á orar, y orad también vosotros á fin de no sucumbir en la tentación.» Ahora bien ¿cómo pudo el Apóstol olvidar tan grave recomendación después de tan funesta predicción como Cristo le había hecho? Sin embargo, no hace caso de ella, y en vez de orar se entrega al sueño. ¡Ah! debió avergonzarse al oír el dulce reproche de su divino Maestro: «Simón, ¿duermes? Tú que pretendes seguirme hasta la cárcel y á la muerte (1), no puedes velar ni siquiera una hora conmigo! Velad y orad.....» (2). De aquí que si un sacerdote, aun después de largos años de fervor; no está íntimamente persuadido de su fragilidad extrema; si descuida la eficacísima ciencia de la oración, si la deja ó no la hace sino lánguidamente y dormitando, bien pronto aprenderá, por desventura suya y tal vez con escándalo de la Iglesia, las deplorables consecuencias de su criminal negligencia.

En efecto, Jesús es capturado, y Pedro después de tantas promesas, en vez de estar al lado de su Maestro, lo sigue desde lejos: *Petrus vero sequebatur á longe!* Así, de la oración omitida ó mal hecha se pasa

- (1) Luc., XXII, 33.
- (2) Marc., XIV, 37, 38.

pronto alenfriamiento en la piedad; por manera que cuando un sacerdote no enciende su espíritu en el fuego de las santas meditaciones: *in meditatione mea exardescit ignis* muy pronto se halla desposeído de la energía que necesita para el cumplimiento de sus deberes. Su corazón ya no se dilata bajo el dulce afecto que experimenta en la unción de las divinas comunicaciones, y en vez de correr como hacía antes por el camino de los divinos preceptos y de los consejos evangélicos, no va más que arrastrando. Por manera que las cosas del Cielo se le tornan desabridas, no tiene amor ninguno á las sagradas funciones, languidece por falta de celo..... y en este caso no tarda mucho en caer en la disipación y en una vida enteramente sensual! ¡Oh! ¡qué lejos llega á estar entonces de Jesús, su guía y su modelo! *Sequebatur a longe!*

Dios permitió que San Pedro cayese en esta culpa; pero que no hiriese más hondamente el Corazón de su buen Maestro; pues es muy difícil detenerse en el camino de la iniquidad, por ser la pendiente demasiado inclinada. Por ahora, aun cuando le siga de lejos, sin embargo le sigue; aun cuando marche á paso muy lento, sin embargo marcha; pero hé aquí que ya no marcha: *Petrus vero sedebat*. ¡Ay! Jesús está de pie, entregado á los insultos y á las vejaciones de los malos: *Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit?* Pedro que está poco distante de El, que oye las blasfemias y los golpes, se sienta tranquilo ¡y dónde! ¿en compañía de quién? ¿por qué? *Sedebat cum ministris ad ignem, et calefaciebat se* (1). Ved ahí al sacerdote ya débil, enervado por sus repetidas infidelidades, dispuesto para todo mal, vedle en el borde del precipicio: tan sólo un paso más y allí caerá desdichadamente.

(1) Marc., XIV, 54.

PUNTO III

La imprudencia, tercera causa de la caída de San Pedro

En el estado de debilidad y decaimiento moral que se halla Pedro, pues basta un soplo para prostrarlo, él se expone á ocasiones peligrosas, frente á las cuales apenas habría podido sostenerse una virtud más robusta. ¿Qué tenía que hacer el príncipe de los Apóstoles en una reunión tan perversa, entre los criados de un Pontífice sacrilego que se había constituido en juez de Jesús para ultrajarle y perderle? ¡Ah! nunca debemos estar seguros en las conversaciones de los malvados, sino que hemos de desconfiar siempre de nosotros mismos. Si frecuenta un sacerdote las reuniones de los legos con otras miras que no sean las del celo y la caridad; si las frecuenta por ocio, y para mendigar de las criaturas satisfacciones y consuelos que ya no encuentra en Dios; si no desconfía de las relaciones y conocimientos que contrae, de las pruebas de cariño y amistad que allí recibe..... y en fin, si no quiere persuadirse de que la naturaleza humana sea tan frágil, pronto experimentará por fuerza y á pesar suyo que es más frágil todavía de cuanto puede decirse é imaginarse. ¡Quiera Dios que nuestras culpas nos sirvan siquiera de enseñanza como lo fueron para los Apóstoles, quienes de sus propias caídas aprendieron á ser más humildes y precavidos! Recordemos que las mismas causas producirán siempre los mismos efectos; y que por tanto, si no huyo del pecado seré su víctima. Amar el veneno, dejarnos seducir por su fingido dulzor, acercar á él los labios y no tragarlo..... ¿será posible? Luego si no huimos de estos escollos nos ponemos en evidente riesgo de naufragar.

Reflexionemos sobre lo pasado, pongámonos en guardia y tomemos resoluciones para lo porvenir.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La presunción, primera causa del pecado de San Pedro.* El espíritu de Dios, sin el que aun el hombre más fuerte no es más que debilidad, no mora sino en un corazón humilde. Pedro no sabía desconfiar de sí mismo. Habándole predicho Jesús su caída, él sin embargo atreviéndose á desmentirle. ¡Oh, es preciso conocerse muy poco á sí mismo para contar con las propias fuerzas! ¡Quién hubiera dicho al Jefe de los Apóstoles que caería en la apostasía por una tentación al parecer tan despreciable!

PUNTO SEGUNDO.—*La negligencia, segunda causa del pecado de San Pedro.* Cuando uno se cree fuerte no busca apoyo á su debilidad. En vano Jesús recomienda á San Pedro que ore: él no siente tal necesidad. ¡En vez de orar duerme!... Si un sacerdote, aun cuando haya pasado largos años en el fervor, deja la oración, caerá en seguida en el triste estado de la tibieza, y nadie puede asegurar hasta qué abismo se precipitará una vez colocado en esa fatal pendiente. Llevará una vida mundana y sensual, se olvidará de Dios y de sus santos preceptos.... ¡Ah, vedle ya al borde del precipicio!

PUNTO TERCERO.—*La imprudencia, tercera causa del pecado de San Pedro.* En ese estado de relajación y debilidad, cuando un soplo es bastante para derribarle, se expone á las ocasiones más peligrosas. ¿Qué necesidad tenía él de ir á colocarse en medio de aquella reunión de malvados? ¡Ah! si buscó el pecado, yo mismo seré su desgraciada víctima. Si no me alejo de los escollos ni me apercibo, debo esperar irremisiblemente el naufragio. ¡Ah! procuraré escalearme y aprovecharme del ejemplo de San Pedro.

MEDITACIÓN XXXVIII

El pecado de San Pedro

- I. Sus circunstancias.
- II. Su enormidad.

PRIMER PRELUDIO.— Representate á San Pedro que se entretiene con los soldados y criados del

pretorio haciendo alarde de indiferencia para no ser conocido: *Erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.— Pide al Señor la gracia de comprender bien que no hay pecado en el mundo que no puedas cometer, y que no tienes otra seguridad sino la vigilancia y la oración.

PUNTO I

Circunstancias del pecado de San Pedro

Son las mismas que acompañan al pecado del sacerdote, hé aquí algunas:

1.º Pedro cae á despecho de la profesión de fe más luminosa, y de las más sinceras protestas de inalterable adhesión á Jesús. En efecto, cuando preguntó el Salvador á sus Apóstoles: *Quem dicunt homines esse filium hominis?* le fué respondido: *alii Joannem Baptistam, alii autem Jeremiam, alii vero Eliam, aut unum ex prophetis.* Mas vosotros, replicó el Redentor ¿qué pensáis de ello? *Vos autem quem me esse dicitis?* Entonces Pedro adelantándose á los demás: Vos, exclama, sois el Cristo, Hijo de Dios vivo: *Respondens Simon Petrus dixit: tu es Christus, Filius Dei vivi.* ¡Admirable profesión de fe que le merece los elogios de su divino Maestro, y el más glorioso privilegio! *Beatus es Simon Barjona: quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus qui in cælis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.... Et tibi dabo claves regni cælorum* (2). Otro día viéndose Jesús abandonado de gran número de sus discípulos, se dirigió á los circunstantes preguntándoles si también ellos pensaban abandonarle: *Numquid et vos vultis abire?* San Pedro con el ardor de siempre respondió: ¿Dejaros á Vos, Señor? ¿y para ir á donde? ¿dónde podremos hallar lo que perdemos abandonándoos? vuestras palabras son palabras de vida eterna, y en

(1) Joan., XVIII, 18.

(2) Matth., XVI, 17, 18, 19.